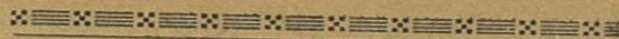


- 8a. época: del 4 de junio al 12 septiembre de 1844.
- 9a. " del 22 de marzo al 1o. de abril de 1847.
- 10a. " del 20 de mayo al 16 septiembre de 1847.
- 11a. " del 20 de abril de 1853 al 11 agost. 1855, y última vez, que tomó parte en la política del país.



CAPITULO CUARTO

EL CANONIGO ZUBIZARRETA EN RELACION CON LOS PRINCIPIOS DEL CURA RODRIGO

VICENTE de Paul Zubizarreta vino a Nueva España a los catorce años de edad en compañía de su padre Don Baldomero; ambos nacidos en un bonito y exhuberante poblado de Valmaceda, situado a unas cuantas leguas de distancia de Bilbao, correspondientes a las Provincias Vascongadas de la madre patria. Los habitantes de aquella región han sido siempre, en su mayoría, de una raza vigorosa; amantes del hogar, de empuje, tenaces y atrevidos para los trabajos que emprenden y acometedores de empresas grandes y pequeñas.

El padre de Vicente, en aquel lugar de su anterior residencia, sufrió su viudez por espacio de cuatro años escasos y resolvió trasladar-

se a la América en busca de mayor fortuna; pues contaba con bastantes reales que había acumulado del producto de su honrado y rudo trabajo, así como de una corta herencia recibida con anterioridad.

Puso en práctica su proyecto resolviéndose a pasar el resto de su vida en la Ciudad de México la que le preponderaron.

Así, padre e hijo único que le dejó su difunta mujer, arreglaron sus bártulos y se embarcaron en el Navío que zarparía al día siguiente; pues solamente le faltaba completar su carga y pasaje para levar anclas del Puerto de Santander, haciendo la travesía en el tiempo e itinerario acostumbrado de aquella época y atracar en el Puerto de Veracruz de la Nueva España, después de los días transcurridos en la navegación.

El trayecto se hizo sin ninguna novedad que lamentar, pues sopló buen viento y la nave en donde iban los dos Zubizarretas, a quienes les tocó en suerte disfrutar de un mar tranquilo en aquella vez, se pusieron listos para bajar a tierra ya que la referida embarcación atracó momentos después, en el Fuerte de San Juan de Ulúa frente a Veracruz.

Llegaron nuestros viajeros y obtuvieron hos-

pedaje en una casa de posta de la población porteña, ahí mismo ajustaron con un fletero, unos caballos de rienda y dos mulas de carga para que los condujera a la Ciudad de la Puebla de los Angeles. La caminata que efectuaron en caravana con unos arrieros que también salían por igual rumbo, fué llena de molestias y penalidades para los dos viajeros pues estaban muy poco acostumbrados a esta clase de transportes.

Permanecieron en la ciudad indicada en el párrafo anterior alrededor de tres meses y al cabo de los cuales, continuaron para la Capital Virreinal. Tres días emplearon de camino que lo fué muy pesado pero, salvo lo aporreados, no tuvieron mayores contratiempos para su arribo.

Padre e hijo se instalaron, provisionalmente, en una casa que les fué brindada con todo gusto por un buen paisano; pues hay que advertir que desde tiempo inmemorial la raza española en su mayoría y aún más que otras razas, es muy unida y hospitalaria; cualidades que aumentan cuando se trata de sus conterráneos quienes, mutuamente, se prestan ayuda ya que, desconocen, por completo, el antagonismo tan perjudicial de otras naciones respecto de sus

mismos habitantes o en relación con otros afines a la lengua que profesan.

Las providencias tomadas desde luego por Don Vicente, fueron hacer los preparativos y gestiones del caso para establecer una tienda de telas, la que, ayudado por su buena suerte abrió en un local bastante aceptable, tanto por el lugar de su ubicación como por las condiciones del mismo; pues estaba en la manzana del Paríán".

El "Paríán", en aquel entonces, era uno de los centros comerciales muy frecuentados por las principales familias de la Capital; pues toda la manzana estaba ocupada, en su exterior, por comerciantes en grande escala, predominando el elemento español que en aquella época era el más rico e impulsor del comercio.

El edificio que nos ocupa que se inauguró en 1695, fué derribado por orden del Gral. Santa-Anna en el año de 1843 y de dicho edificio quedó únicamente, el recuerdo de sus actividades comerciales desarrolladas por las referidas tiendas las que, en una ocasión, fueron saqueadas en su totalidad por el populacho capitalino instigado por elementos carentes de conciencia y desenfrenadas tendencias hispanófo-

bas (1) completamente injustificadas, esto ocurría años después de consumada la Independencia. Esos actos reprobables perjudicaron los intereses de familias mexicanas ya que los propietarios de aquellas tiendas, casi en su totalidad, eran españoles y estaban casados con mujeres nacidas en el país y los hijos, aún sin embargo de provenir de padres españoles,, también eran mexicanos. Todo el conglomerado formado de una raza de sangre ligada con las mismas costumbres, tendencias y el habla.

Esas costumbres se remontaban desde la llegada de los Conquistadores quienes, si bien es cierto que cometieron errores, en cambio introdujeron enseñanzas para implantar una mejor civilización que la anterior que imperaba en la antigua Anáhuac.

La cooperación de la Madre Patria para México, no nomás fué en la rama de acción comercial, sino también en las ciencias y en las artes pues entre otros muchos, se mencionan, (en el principio de los años que abarcan estas narraciones) los grandes Maestros como Don Ra-

(1) El motín e incendio del "Paríán" fué el 4 de diciembre de 1828. Los autores intelectuales del bochornoso saqueo, lo fueron Lorenzo de Zavala y José María Lobato. En el centro del mismo "Paríán" se encontraba establecido el "Baratillo grande".

fael Jimeno y Planes, gran pintor y Director de la Academia de Bellas Artes de San Carlos; Don Jerónimo Antonio Gil, notable grabador y maestro en su arte de la Academia aludida y Don Manuel Tolsa, insigne Escultor y Arquitecto de quien, en otros capítulos, ya se hicieron reminiscencias de algunas de sus numerosas obras grandiosas, así como de el cargo que desempeñó, por varios años, de Director General de la Academia ya repetidas veces indicada.

No obstante que aquellos honrados comerciantes fueron inicualemente despojados de su patrimonio, se enañaron con ellos de tal manera, que a algunos los expulsaron del país sin preocuparles en lo absoluto que al arrancarlos de sus familias, éstas quedaban abandonadas a su suerte, sin apoyo ni afectos paternales, sino en el caos de la desolación y ruina empujadas al arroyo de la mendicidad.

Nos hemos distanciado con la anterior descripción pero la debemos conocer por varios motivos, a fin de poder juzgar los acontecimientos que tuvieron lugar en aquella época, ya que se trata de personas merecedoras de la estimación y respeto, para las que se dedican algunos renglones y también como antecedentes y comparaciones relacionadas con Rodrigo, por

ser uno de los principales protagonistas de la presente narración histórica.

El muchacho o sea Vicente de Paul, carecía de carácter comercial indispensable, pues era ajeno por completo para ese trabajo.

Por otra parte, el padre de este joven era de un criterio elevado y por lo tanto, no obligó a su hijo a desempeñar esa clase de actividades, o sea poniéndolo en la tienda; primero para aprender y después, ya práctico, para luchar por la vida.

Contrario al bienestar y brillante porvenir de su hijo, fué su condescendencia al grado de fomentarle sus manifiestas inclinaciones para ser fraile.

En obsequio a la verdad, el hijo de Don Baldomero poseía una verdadera y arraigada vocación para el sacerdocio y su conducta era intachable. Esas inclinaciones quizá fueron nacidas por las largas temporadas que con mucha frecuencia pasaba al lado de su tío el Canónigo de la Catedral de Burgos (España), quién profesaba a su sobrino, único vástago de esa línea de los Zubizarretas, una predilección muy grande de afecto.

El Canónigo reconoció en Vicente que poseía una extraordinaria inteligencia y con algu-

na indicación de él (el Canónigo), ingresaría su sobrino a la Universidad de Salamanca u otra en España, pero su padre se opuso, contra su voluntad, por las circunstancias de quedar sólo y no tener compañía, así como no querer marcharse aislado en esas condiciones a México; pues se recordará que el viaje a la última ciudad mencionada lo hicieron en Navío padre e hijo, porque la edad de Don Baldomero ya era mayor de los cuarenta años y no quiso distanciarse de su hijo Vicente para poderlo guiar personalmente, en su futuro bienestar.

Don Baldomero para darle gusto a su hijo, llenó los requisitos necesarios y puso a aquel en el Seminario Conciliar.

Nuestro seminarista se encontraba satisfecho porque se le concedió abrazar la carrera eclesiástica y, con ese motivo, se empeñó bastante en sus estudios los cuales fueron premiados, desde el primer año, con muy buenas calificaciones por sus adelantos manifiestos a virtud, además de su empeño, por sus grandes dotes intelectuales.

Como el primer año de estudios fueron los siguientes con la particularidad que en ellos descolló el máximun de su inteligencia, dando por resultado el que se ordenara después de

brillantísimo exámen que sustentó; hecho que le valió, además de haberse realizado sus deseos, el que lo nombraran Profesor de algunas materias en el mismo Seminario.

Ocupó algunas parroquias de la Capital asumiendo el cargo de Vicario, éste por corta temporada y otras el de Cura.

Su Ministerio lo desempeñó con gran acierto y a satisfacción de los feligreses; pues era un gran orador en asuntos sagrados, aún cuando no lo parecía a primera vista por ser su personal figura humilde y sencilla con una alma noble que encerraba en ella su privilegiada sabiduría y ejemplares virtudes.

Muy orgulloso estaba el padre de nuestro sacerdote por los progresos que había alcanzado, ya que al poco tiempo lo elevaron a la categoría de Canónigo de la Catedral Metropolitana.

Como era de esperarse y recordarán los amables lectores, la noticia por la dignidad eclesiástica de Vicente de Paul, llegó hasta Burgos enterándose de ella el Canónigo, tío de aquel, siendo motivo para que en sus cartas, que con alguna frecuencia se cruzaban, lo felicitara y elogiara calurosamente.

Por una de esas casualidades, el Canónigo Zubizarreta (el de México), tuvo la oportunidad

de conocer a un jovencito de nombre Rodrigo, quien era atractivo y simpático; hijo mimado de Isabelita, personaje que al principio de esta narración ya conocemos. Los motivos que sirvieron para entablar amistad con esta matrona, fueron el afecto que el Canónigo demostró tener por el jovencito Rodrigo y éste respecto y admiración por el citado Canónigo.

Empezaron las visitas de Isabelita y su hijo Rodrigo en unión de los demás hermanos de éste a la casa del Canónigo, aprovechando éstas para invitar a su dignidad pasara a la casa de ella a tomar el chocolate de la siesta. A los breves días fué atendida la invitación antes citada y como era de esperarse, el Canónigo para corresponder la atención, hizo análoga petición o sea que Isabelita y sus hijos fueran a su casa a merendar, deferencia que fué, a los dos días, cumplimentada.

La casa del Canónigo se encontraba con vista al sur, frente a la manzana ocupada por la Catedral, en la calle de las Escalerillas; este nombre era de tradición y aún sin embargo se le cambió por el que lleva ahora o sea "Avenida de la República de Guatemala".

En la referida casa vivía también el padre del Canónigo y después de la muerte de aquel

quedó, para atender al propio Canónigo, su media hermana ya que era únicamente hija del segundo matrimonio de Don Baldomero; pues él había sido casado antes y desde que llegó al país renunció a su viudedad porque le simpatizó una criolla de nombre Salomé Ganancia Valdominos y Chimalpopoca.

Con la narración expuesta, se tiene ligeramente el conocimiento y antecedentes muy satisfactorios del ilustrado Canónigo Zubizarreta, quien después sirvió mucho a Rodrigo aún cuando infructuosamente por los resultados posteriores que en seguida veremos.

Recordando, tenemos: que Rodrigo es el hijo predilecto de Isabelita; que estudió medianamente Teología y que se ordenó contra su voluntad sólo por complacer a su madre a quien adoraba y obedecía ciegamente.

Desde los siete u ocho años de edad, principió como Monaguillo en la Parroquia del Sagrario de la Capital, en la cual se exhibía, en algunas horas, uniformado con su sotana de paño rojo, roquete de tela blanca muy limpio, bien planchado y adornado de recamados encajes de hilo; medias de popotillo blancas y calzado bajo de piel negra con hebillas de plata bruñida.

Más grandecito, pasó al Coro de la Catedral como componente de él, pues lo solicitaron debido a su buena voz para el canto y, además, porque conocía algo de música la que su madre, medianamente, le enseñó.

En ese gran Templo Rodrigo conoció al Canónigo Zibizarreta (ya lo referimos en párrafos anteriores del presente capítulo) de quién se dió a querer; en la inteligencia que Isabelita aprovechó la buena amistad que se prodigaban las familias, para molestar al Canónigo a fin de que por su conducto su hijo Rodrigo pudiera ingresar al Seminario Conciliar, con objeto de que internado en ese plantel se le distanciara de su hermano Paco que lo sustrata del estudio para emplear su tiempo en paseos y excursiones que a menudo inventaba su referido hermano Paco. Además, la propia Isabelita deseaba que su hijo Rodrigo, aún sin embargo de que no tenía vocación para ello, siguiera la carrera eclesiástica y eso cuanto antes deseaba hacerlo para que no siguiera el ejemplo de Paco, quien era muy desobediente, incapaz e indomable.

Por la valiosa recomendación del Canónigo, Rodrigo entró al Seminario; lugar que para el joven estudiante era de reclusión y fastidio ya

que, amaba la libertad de acción por su manera de discurrir.

En esa casa de estudios teologales lo embargó la tristeza y con frecuencia se le veía en los corredores del edificio muy pensativo, dando vueltas alrededor de ellos sin conciencia de lo que hacía, pues procuraba apartarse de sus compañeros de clases, contrastando a su antigua actitud cuando era monaguillo y por ende obediente con su madre.

En el Seminario permaneció Rodrigo algún tiempo, no por los aprovechamientos de sus estudios que más bien eran fastidiosos para él y le reportaban un sacrificio, sino que casi lo empujaron con el fin de conseguir ser favorecido para acabar en cualquier forma la carrera que detestaba.

Como sucede en muchos casos que se gradúan personas que medianamente han cursado la carrera que les hicieron elegir, Rodrigo, que se encontraba en este dilema, recibió las órdenes sacerdotales.

El Canónigo Zubizarreta que fué quien gestionó el ingreso de Rodrigo al Seminario, nuevamente lo recomienda, pero en este caso, para que se le diera el cargo de un Curato. Con tan buena recomendación, inmediatamente se

le nombró para ocupar uno de tercera categoría en un pueblo cercano a San Angel; (esta población ya es conocida de nuestros lectores) curato que correspondía a la Arquidiócesis Metropolitana.

Muy a su pesar, Rodrigo se trasladó al lugar citado para empezar a ejercer su ministerio, el que no le agradaba porque le gustaba otra vida más divertida ya que, como antes, frecuentaba las ferias y no faltaba a ninguna de ellas en toda la temporada; pues el caballero Sulpicio lo inclinó a esas diversiones. A raíz de su arribo, finalizaba la feria en San Agustín de las Cuevas (Tlalpam), por lo que no dejó de asistir, de cuando en cuando, a ellas.

Le agradaba pasar el tiempo en esa clase de entretenimientos, así como las peleas de gallos en las que ya interponía apuestas: unas veces al negro de crestas recortadas y otras al jiro de amarillas plumas en la golilla; en la ruleta le gustaba seguir a su número predilecto que lo era el cinco, porque con mucha frecuencia le atinaba; a los toros asistía porque le llamaban la atención y a los coleaderos como partícipe de ellos, y raras veces en éstos salía revolcado; pues la mayoría de las ocasiones lo sacaban en hombros por el triunfo obtenido;

como charro, era de los buenos ya que sabía muy bien montar y competía con los Señores Barrios de la Blanca en Texcoco, como otros muchos "guapos" de renombre en esa época; en fin superaba con creces, como mejor jinete a su hermano Paco y, con demostrar esto último, se dijo todo.

Con la predilección del Cura a esas fiestas, como acabamos de exponer, será fácil darse cuenta de la atención que podía tener en su iglesia la que dejaba al cuidado de su segundo o sea el Sacristán.

La parroquia no podía sostener a un Vicario, ya que sus ingresos apenas alcanzaban para cubrir los del Cura, que el sacristán y algunos otros gastos indispensables del Curato, y como los emolumentos del Cura eran reducidos, los empleaba éste en unión de otras cantidades de su bolsillo particular, entre los pobres de su feligresía; pues no necesitaba de dicho estipendio ya que disponía de bastantes recursos pecuniarios, y su buen corazón, justificaba su filantropía; toda vez que con sus caridades aliviaba las penurias de los desamparados de la fortuna. En resumen: no le gustaba vivir metalizado como otras personas adineradas que desgraciadamente abundan en este mundo y llevan el anatema de avaros.

Esas bellas cualidades que adornaban la persona del Cura, fueron heredadas de su madre Isabelita como del virtuoso Canónigo Zubizarreta; únicas y buenas enseñanzas que pudo recoger Rodrigo. No dejaba de tener sus debilidades y defectillos, cosa común en todo ser humano ajeno a la perfección; así pues, confesamos que el principal de ellos era su inclinación al tapete verde, tal vez le provenía de lo decepcionado que se encontraba viviendo en un medio extraño a su persona y sólo así conseguía amortiguar sus penas con esas distracciones.

Hay una máxima antigua y muy sabia, que dice:

"NO DAREIS A VUESTROS HIJOS ESTADO CONTRARIO A SU VOLUNTAD". Ya sabemos que la carrera eclesiástica impuesta por Isabelita a su hijo Rodrigo, no debían esperarse lisonjeros resultados.

Por los antecedentes de la conducta observada por el Cura Rodrigo, respecto a su Parroquia, ésta indudablemente que no podía proseguir como lo previenen los Cánones Episcopales; pues las faltas observadas por el Cura referido se sumaron al grado de que, so-pretexto de atenciones parroquiales fuera del templo, iban sus pasos acelerados rumbo a las ferias en las

que perdía su tiempo que reclamaban los fieles del lugar y, con ese motivo, hasta los domingos o días festivos no había misa en la Parroquia a su cargo.

Como era de esperarse y no obstante que los vecinos del referido lugar eran buenas y sencillas gentes, se alarmaron por el manifiesto abandono del Cura para sus obligaciones y después de los comentarios y hablillas tuvieron una reunión formal, encabezada por los más caracterizados del poblado para discutir lo que debían hacer a fin de terminar ese estado de cosas; se acordó por mayoría, dar cuenta al Arzobispado de México para lo cual, con todas las reverencias del caso formularon un escrito y lo mandaron con un propio a su destino.

Pasó una corta temporada y el resultado de la queja no fué el que se esperaba, el Cura seguía como de costumbre y, como era natural, lo mismo la parroquia. Mucho se suzurró entre los vecinos esta anomalía, ya que unos opinaban que no hicieron caso las Oficinas de la Mitra para imponer el castigo correspondiente o por tratarse de recomendaciones influyentes, y otros, que el propio Cura era muy respetable de sus superiores porque era también muy rico.

Nuestro "sencillo Cura se volvió enamorado

de Birján; pues era jugador empedernido y como tenía posibilidades, despilfarraba fuertes sumas de dinero en una casa de juego en San Angel, la que se encontraba ubicada a inmediaciones del curato; es decir, a unos veinte minutos de camino; además, de vez en cuando visitaba el "Templo de Baco", (dios del vino) libaba en demasía sus copitas de mistelas compuestas" y para no ser visto por alguno de los vecinos del pueblo que lo tenía de reajo, se acantonaba en la trastienda del mejorcito establecimiento comercial del pueblo aquel y, ya noche, salía de la misma tienda en forma un poco inconveniente; montaba inmediatamente su caballo y tomaba rumbo a su curato en donde tenía sus habitaciones.

Al día siguiente... pues... no salía por estar "muy enfermo" del estómago.

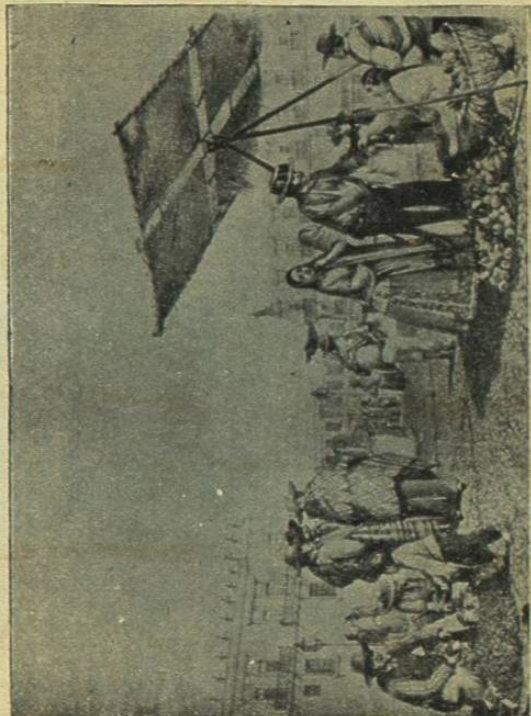


Lámina XXVIII.—SIMONA DE JESUS EN SU PUESTO PROVISIONAL CERCA DEL VOLADOR



Lámina XXVII.—ALTAR MAYOR DE LA IGLESIA DE LA PROFESA, OBRA DE TOLSA.

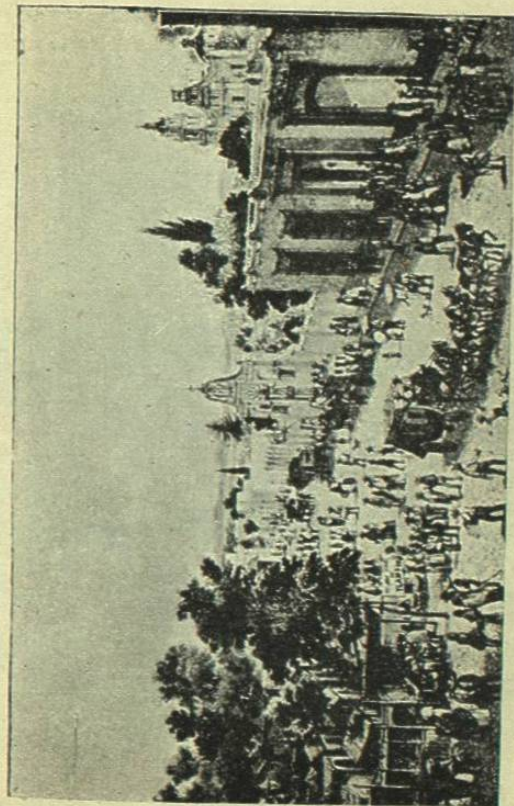
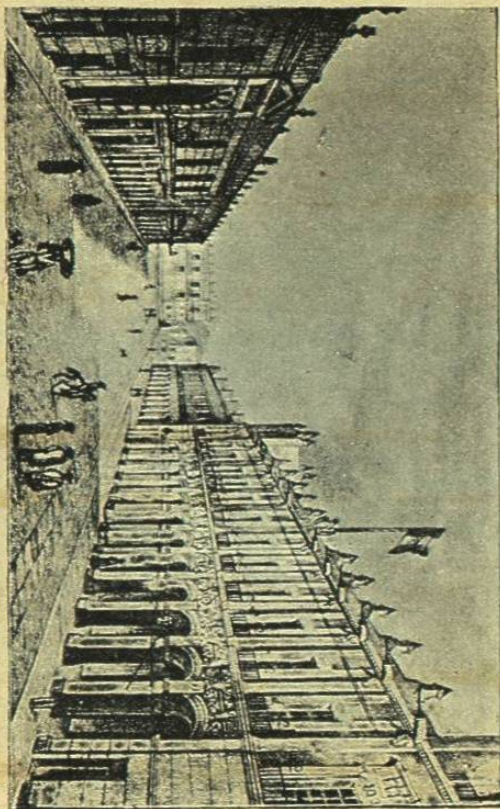


Lámina XXVI.—FERIA EN SAN AGUSTIN DE LAS CUEVAS (Talpam) DONDE ASISTIA EL GRAL. SANTA-ANNA, COMO EL CURA RODRIGO

Lámina XXV.—PARIAN Y CASAS CONSISTORIALES (desaparecido el primero y reformado el segundo llamado Palacio del Ex-Ayuntamiento).



CAPITULO QUINTO

LA LIMOSNERA AGUEDA, SU HIJO ADOPTIVO Y LA FRUTERA

ERA huérfano desde su niñez, de ignorados padres que no llegó a conocer; recordaba haber vivido cuando era muy chico y hasta los 9 años de edad, en una accesoria miserable por el rumbo del Convento de Religiosas de San Jerónimo (1) y cerca de la Parroquia de San Miguel Arcángel, (2) haciéndole compañía, y las veces de madre, una viejecita de nombre Agueda, limosnera aislada y sin más familia que su perrita faldera y su silla baja de madera con asiento de tule.

Se estacionaba a las afueras del pático de

(1) Iglesia y Convento de San Jerónimo, su fundación data desde 1585.

(2) Iglesia de San Miguel, su dedicación fué el año de 1714.